

Notas de un periodista

León Trotsky

Publicado en abril de 1935

(Tomado de *Escritos León Trotsky, Tomo VI, Volumen 2 (28 febrero 1935 a 12 junio 1935)*, páginas 69-76 del formato pdf de nuestra serie *Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma. Bulletin Opozitsi*, número 43, abril de 1935 firmado “Alpha”.)

Cómo minan los estalinistas la moral del Ejército Rojo

Estos últimos meses el Kremlin se ocupó nuevamente (¡y con qué furioso celo!) de reescribir la historia del Ejército Rojo. El objetivo es demostrar que, aunque no formalmente, si en esencia, Trotsky luchó en el campo de las Guardias Blancas contra los sóviets. No exageramos en lo más mínimo: resulta que Trotsky sembró las filas del frente oriental de “nidos de guardias blancos” que inevitablemente habrían destruido la causa de la revolución si Stalin no hubiera intervenido a tiempo y purgado el ejército de agentes trotskystas. A la vez, Trotsky fusiló a comunistas que luchaban valientemente en las filas del Ejército Rojo, y nuevamente el asunto habría terminado en una ineludible catástrofe a no ser por la intervención de Stalin, que parece que ya entonces había decidido que a los comunistas hay que fusilarlos en épocas de paz.

Estas interesantes y en alguna medida “sensacionales” revelaciones plantean algunos problemas.

En primer lugar: ¿por qué se tardó tanto en hacer estas revelaciones? ¿Porque los jóvenes estudiosos soviéticos descubrieron inesperadamente una serie de cosas en los archivos, o porque creció una nueva generación que no conoce nada del pasado?

Segundo: ¿qué relación hay entre las últimas revelaciones y las precedentes? Desde 1923 se acusa a Trotsky de “subestimar al campesinado” y de ser un fanático de la “revolución permanente”. Ahora se descubre que en realidad Trotsky desde 1917 era un agente de los blancos en el Ejército Rojo, que fue creado por Stalin. ¿Cuál fue entonces el objeto de confundir durante años a toda la humanidad con la “subestimación del campesinado” y otras patrañas, cuando no se trataba de un revolucionario sino de un contrarrevolucionario?

Tercero: ¿por qué el Partido Bolchevique mantuvo durante siete años (1918-1925) al frente del Ejército Rojo a un hombre que lo estaba destrozando? ¿Por qué no designó a Stalin, que fue quien lo creó? No se lo puede explicar solamente por la universalmente conocida modestia de Stalin, ya que era un problema de vida o muerte para la revolución. Ni podemos suponer que el partido no estaba informado; seguramente Stalin sabía lo que hacía cuando purgaba al Ejército Rojo de los métodos contrarrevolucionarios sembrados por Trotsky y ponía punto final al fusilamiento de comunistas, reservándose esta tarea para él solo. Pero como Stalin siempre actuaba siguiendo las órdenes del Buró Político, los organismos superiores del partido debían estar enterados de lo que sucedía.

Es cierto que en esa época el Buró Político estaba formado fundamentalmente por contrarrevolucionarios o aprendices de tales (Trotsky, Zinóviev, Kámenev). Pero, ¿y Lenin? Supongamos que era un muy mal juez de los acontecimientos y de la gente (su “Testamento” permite extraer esa conclusión). Pero, ¿el mismo Stalin? ¿Por qué no planteó ante el Comité Central y el partido que Trotsky llevó a cabo una tarea mortífera en el Ejército Rojo durante la Guerra Civil?

Cualquier hombre inteligente e instruido del Ejército Rojo se dirá, mirando viejos libros o periódicos: “Durante siete años Trotsky estuvo al frente del Ejército Rojo y de la

Armada Roja¹. Fue designado organizador y dirigente de las Fuerzas Armadas de la República Soviética. Él tomaba el juramento a los hombres del Ejército Rojo. Ahora resulta que era un traidor. Sus actos criminales provocaron cientos y miles de sacrificios innecesarios. Eso significa que fuimos engañados. ¿Pero quién nos engañó? El Buró Político encabezado por Lenin. Eso implica que en el Buró Político había traidores y personas que apañaban a los traidores.

“Ahora me dicen que los verdaderos creadores y dirigentes del Ejército Rojo fueron Stalin y Voroshílov². ¿No será que me están engañando de nuevo? No me hablaron de la traición de Trotsky hasta diez años después de su remoción. ¿Y cuándo me hablarán de las traiciones de Stalin y Voroshílov? ¿En quién se puede confiar?”

Así debe de hablar el joven del Ejército Rojo que reflexiona. El soldado viejo, que conoce por experiencia cómo sucedieron las cosas, sacará más o menos la siguiente conclusión: “Cuando acusaron a Trotsky de ‘subestimar al campesinado’ pensé que muy bien podía ser verdad; es un problema complicado, frente al que resulta difícil ubicarse. Pero cuando me cuentan que Trotsky sembró el Ejército Rojo de nidos de guardias blancos, digo directamente: ¡los dirigentes actuales mienten! Y si mienten tan descaradamente sobre la Guerra Civil, probablemente también lo hagan sobre la subestimación del campesinado.”

Una sola cosa puede resultar de la campaña de revelaciones sensacionales: pérdida de confianza en la dirección, vieja o nueva, en cualquier dirección.

Hay que preguntarse por qué la camarilla de Stalin considera necesario dedicarse ahora (¡en 1935!) a esas revelaciones de doble filo, que por lo menos en un cincuenta por ciento son *autorrevelaciones*. El trotskismo fue destruido en 1925, luego finalmente destruido en 1927, irrevocablemente destruido en 1928 (Trotsky exiliado en Alma-Ata), y los “últimos remanentes” de los “miserables fragmentos” una y otra vez sometidos al exterminio después del exilio de Trotsky en el extranjero, donde finalmente “se reveló” como un agente del imperialismo. Parecería que es hora de volver al trabajo. Pero no; la aristocracia gobernante no puede quedarse tranquilamente sentada; necesita preocuparse; transpira por el esfuerzo de pensar tanto. ¿No se puede inventar algo más, algo un poquito más fuerte, más duro, más venenoso, algo que destruya real y definitivamente este trotskismo ya siete veces destruido?

Rádek escribe bien

En tiempos de Gogol la “pequeña aristocracia de Kursk” escribía bien. En nuestra época, cuando esa aristocracia ya ha desaparecido, Rádek escribe bien. Pero dado que Rádek es un extranjero en todos los idiomas, sería injusto atacarlo por ese lado. No es ni profundo ni gramático, pero de todos modos la verdad sale a la luz. La traición asoma en todas las palabras. No hay lugar a error: aunque no pertenezca a la aristocracia de Kursk no escatima su vida en favor del líder.

“El tiro de Nikolaev [escribe Rádek] iluminó claramente la podredumbre contrarrevolucionaria oculta en las filas de nuestro partido” (*El Bolchevique*, número 3, página 61). Cada palabra golpea como es debido: precisamente hay *podredumbre*; precisamente estaba *oculta*; precisamente en el *partido*. En cuanto al tiro, precisamente “iluminó claramente” toda esta podredumbre. Y, lo más sorprendente de todo, el mismo

¹ *Escritos militares. Cómo se armó la revolución*. (En tres volúmenes), primera edición completa en castellano, en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales).

² Kliment Voroshílov (1881-1969), uno de los primeros en apoyar a Stalin, fue miembro del Buró Político desde 1926 y presidente del Consejo Militar Revolucionario y comisario del pueblo de defensa entre 1925 y 1940. Fue presidente de la URSS de 1953 a 1960.

Rádek cayó inesperadamente bajo la luz de esta clara iluminación (como moralista, por supuesto, no como formando parte de la *podredumbre*). Pues, ¿quién permitiría que un podrido publicista escriba en las páginas de *El Bolchevique*? Es cierto que Yaroslavsky fue removido de la dirección después de años de servicio, pero hasta al vigilante Stetski³ le ocurrirá lo mismo.

De todos modos, el propio Rádek (éste es precisamente el objetivo de su artículo) demuestra en veinte páginas de apretado texto que, en lo que a él concierne, su alta moral revolucionaria queda fuera de toda sospecha. ¿Y quién puede saberlo mejor que Rádek? Trotsky “se pasó abiertamente al campo de la contrarrevolución”. Zinóviev y Kámenev recurrieron a “una confesión llena de duplicidad”. Pero él, Rádek, confesó con todas las de la ley. Azótenlo, hiérvanlo en aceite; él, como Vas’ka Shibanov, cantará loas a su señor. Pero (*homo sum*), por supuesto Rádek prefiere pasar la prueba de la verdad evitando el aceite. Algunos mal pensados afirman que fue la inclinación de Rádek a la vida pacífica y su repulsión al aceite hirviendo lo que produjo en él tan intenso sentimiento de fe en el Líder, en el portero del Líder y hasta en el perro del Líder (con perdón de la sombra de Moljalim, que nos debe de estar espiando).

Sin embargo, estas hipótesis puramente *psicológicas* no son convincentes. La sinceridad de Rádek tiene una base *sociológica*. Buena parte de las veinte páginas consiste en citas de Stalin demostrando que cualquier oposición es *siempre* burguesa y *siempre* lleva a la contrarrevolución. Las escrituras lo dicen sencillamente:

“No hay otro poder que el del Señor.” Rádek y otros lacayos de la burocracia expresan el mismo pensamiento en términos más contemporáneos: “Todo lo que esté a la izquierda o a la derecha de Stalin es contrarrevolución burguesa; el meridiano del proletariado pasa por el puente de la nariz del Líder.”

Mientras Rádek permanece en las alturas de la sociología general (nos referimos a la sociología de los lacayos burocráticos), sus posiciones son casi inaccesibles. Las cosas empeoran cuando tiene que responder a cuestiones más prosaicas y concretas, tales como el juicio de Zinóviev y Kámenev. Como bien se sabe, tanto en los comunicados del gobierno como en los numerosos artículos del *Pravda* se afirma directa y categóricamente que Zinóviev y Kámenev *tenían como objetivo la restauración del capitalismo y la intervención militar*. Nosotros no dudamos en considerar esta afirmación una mezcla de bajeza, estupidez y desvergüenza. “No se trata [dice Rádek en defensa del Líder] de si el capitalismo es el ideal de los señores Trotsky y Zinóviev sino de si la construcción del socialismo es posible en nuestro país”, etcétera. En una palabra, Rádek rechaza la idea de que Zinóviev y Kámenev hayan comenzado una conspiración para restaurar el capitalismo (al contrario de lo que afirma desvergonzadamente el comunicado oficial); lo que sucede es que negaron totalmente la teoría del socialismo en un solo país, la misma teoría nacional-reformista que el propio Stalin rechazaba todavía en 1924 y que Rádek aceptó recién en 1929, bajo la influencia del duro clima de Siberia. Q.E.P.D.

Con excepción de tales deslices, tenemos que admitir que Rádek escribe bien, que su pluma tiene chispa. Pero por alguna razón, mientras se lee su artículo no se puede dejar de pensar: esto ya lo leí cientos de veces. Y por alguna razón, se desprende del papel un extraño hedor, como el de una vieja alfombra sobre la cual la gata de la casa crió a varias generaciones de gatitos.

¿Adónde se fue Manuilsky?

Las masas proletarias de ambos continentes sufrieron un duro golpe estos últimos meses: ¡desapareció un dirigente de la revolución internacional! Hace todavía muy poco,

³ A.I. Stetski, partidario de Bujarin, más tarde lo reemplazó por un tiempo como teórico del círculo de Stalin. Fue arrestado en 1938.

en el esplendor de su fuerza y su talento, impartía directivas a sesenta naciones sobre el tema de cómo atravesar simultáneamente distintos períodos (precisamente entonces se vivía el inolvidable “tercer período”), escribía floridos artículos (aunque es cierto que nadie los leía) y en sus horas libres les narraba a otros dirigentes anécdotas sobre la vida nacional que gozaban de gran éxito. ¡Y súbitamente desaparece! Desaparece completamente, sin dejar una huella. Pero como no se trata de una aguja sino de un dirigente de la Comintern, su repentina desaparición amenaza con provocar toda una serie de consecuencias cósmicas. Pero ya se dijo hace mucho tiempo: *le roi est mort, vive Bela Kun!*

De todos modos, no se pudieron evitar algunos inconvenientes menores. Algunas secciones quedaron confundidas por el enceguedor cambio de líderes. Algunas dijeron: ¿Acaso Bela Kun no había muerto en las barricadas húngaras? Otros supusieron por su nombre que esta vez se había designado un dirigente de sexo femenino. Pero rápidamente todo se volvió en favor de todos. “Un cura es tan bueno como otro”, dijeron los españoles. “Este no será peor que Manuilsky”, agregaron los italianos. “También parece haber desaparecido Lozovsky”, observaron los británicos con un suspiro de alivio. Nadie se acordó siquiera de Kuusinen. Y así la historia de la humanidad entró en su cuarto período. Mientras tanto la tierra continuó girando sobre su eje como si nada especial hubiera ocurrido.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es